

**EL
PENSAMIENTO
VIVO
DE
ALZATE AVENDAÑO**



SELECCION Y PRESENTACION DE:

JOSE LUIS LORA PEÑALOZA



Doctor GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

FICHA BIOGRAFICA

Gilberto Alzate Avendaño nació en Manizales el 10 de octubre de 1910. Padres: General Marco Alzate Salazar y doña Noemí Avendaño Montoya.

Esposa: Yolanda Ronga Santamaría.

Hijos: Ana María, Liliana y Gilberto Mauricio.

Estudios secundarios: iniciados en el Instituto Universitario de Manizales y concluidos en la Universidad de Antioquia, de Medellín, en 1928.

Profesión: grado de doctor en Derecho y Ciencias Políticas y Sociales, conferido en 1936 por la Universidad de Antioquia.

Especialización: Derecho Constitucional y Derecho Mercantil.

Distinciones:

Fundador del movimiento político "Acción Nacionalista Popular".

Diputado a la Asamblea del departamento de Caldas.

Secretario general del partido conservador.

Senador de la república.

Director de los diarios "Eco Nacional" y "Diario de Colombia".

Miembro del directorio nacional conservador.

Embajador de Colombia en España.

Representante a la Cámara.

Murió en Bogotá el 26 de noviembre de 1960.

El pensamiento vivo de Gilberto Alzate Avendaño

Escribe: JOSE LUIS LORA PEÑALOZA

A ocho años largos de su muerte, el nombre y las ideas de Gilberto Alzate permanecen como puntos de referencia en la vida nacional. Con mayor fortuna póstuma que otros personajes eminentes que durante un extenso tramo de historia suscitaron vastos y exacerbados movimientos de adhesión colectiva, y al extinguirse el influjo de su presencia se han ido desvaneciendo en la memoria y el afecto del pueblo, perdura la vigencia de lo que Alzate encarnó y dijo, se le atribuye actualidad a su mensaje y hasta se le hace participar en empresas y litigios políticos iniciados con posterioridad a su desaparición.

Está por escribirse su cabal biografía. Hasta ahora sólo se le han tributado las conmovidas alabanzas del funeral, las evocaciones apresuradas de cada aniversario y una deficiente edición de sus escritos. Alguien tendrá que asumir algún día la tarea de describir el escenario provinciano de su nacimiento en 1910, y narrar los episodios de su tránsito universitario en Medellín, donde acumuló lecturas decisivas en su formación, protagonizó turbulentas reyertas políticas e irrumpió con su prosa en ristre en las páginas de los periódicos.

Habrà que reproducir también las circunstancias y alcances de la huelga de choferes de Manizales en 1943, en la cual intervino como apoderado del revoltoso gremio, y le dio oportunidad de convertir la indagatoria judicial a que fue sometido, en una memorable página literaria.

Su presunto biógrafo investigará las motivaciones y objetivos de la fundación del nacionalismo como partido de extrema

derecha, inspirado en la Acción Francesa de Charles Maurrás y en las camisas negras de Mussolini, y cuyos efectos más importantes fueron a la postre el enaltecimiento de un nuevo grupo dirigente y la formulación de lo que el mismo Alzate calificó después como “verdades equivocadas de fecha”.

Merece examinarse despacio su radicación en Bogotá cuando, ya reincorporado al conservatismo después de la quimera nacionalista, decidió colocarse en un plano político de superior nivel al de las emulaciones y conflictos menudos de la comarca nativa. Sus primeros contactos aquí fueron con entusiastas contingentes estudiantiles, que entonces y siempre estuvieron saturados de sus tesis y ávidos de su palabra. Por su irradiación personal ineludible y su innata capacidad para infundir la impresión de su propia grandeza, rápidamente fue creando los hechos necesarios para la consolidación de su prestigio. Su acceso a las posiciones de mando no pudo nadie impedirlo. A través de los dos periódicos que en esta ciudad dirigió, “Eco Nacional” y “Diario de Colombia”, difundía sus consignas, instaba a las juventudes, apelaba al “godo raso” —denominación ésta de su inventiva—, retaba e irritaba a los antiguos conductores entonces triunfantes, y hablaba en todas partes de renovación, de avance, de alborada, de porvenir. En breves años acreció su cauda de adeptos. Ya no era posible integrar un cuadro directivo de su partido sin su participación y su concurso. Era el jefe. El que unos seguían con fidelidad obstinada y otros soporaban con medrosa reticencia, a pesar de sus sarcasmos destructores, a pesar de sus asperezas temperamentales, a pesar de que pensaba, hablaba y actuaba en yo mayor, absorbente y absoluto. Hizo una brillante travesía parlamentaria. Ostentó investidura diplomática en España, definida por él como “un exilio pactado”. Luégo su retorno victorioso, cuando las oscilaciones de la política lo condujeron por fin a la cresta de la ola y se vislumbraba su nominación para la presidencia de la República, con la anuencia de los jerarcas y la expectativa jubilosa del pueblo. Hasta su muerte, que interrumpió súbitamente el movimiento de sus labios lúcidos y el quehacer de sus manos rectoras. Todo ello constituye el recorrido vital de un hombre egregio, que aguarda la pluma que lo escrute y fije su contorno para la posteridad.

Es indudable que la fuerza prevaleciente en la personalidad y en la existencia de Alzate Avendaño fue la vocación política,

la incesante busca de predominio, esa voluntad de poder que tanto pretendió impartir a los militantes de su partido. En medio del aire caliente del ágora, en las zarabandas parlamentarias o en las combinaciones florentinas de los directorios, hallaba ámbito adecuado para los deslumbramientos de su inteligencia. Aún en la espesa efusión de los ágapes democráticos, mientras consumía copiosas viandas con inagotable gula, era pasmoso escucharle eruditas disertaciones sobre la evolución del Estado, abrumadoras citas de estadistas o poetas, sanguinarias diatribas, descargas líricas, arengas estremecidas. Así como en nuestro medio se han dado casos de políticos mohinos, enganchados casi a rebenque en el servicio público, en Alzate la faena partidista, la gana de mando, eran el móvil fundamental, fruición intelectual suprema, rumbo y destino inmutables.

Dentro del partido conservador él representó la posibilidad de remuda ideológica, la ambición de las juventudes de hacerse oír y controlar los mecanismos de dirección del país, la voluntad de salir al encuentro con el "oscuro montón de los de abajo" que no entendían bien sus admoniciones iluminadas pero adivinaban su corazón solidario. Propugnó por una concepción autoritaria de la democracia. Tuvo a Bolívar como fuente genital de sus convicciones y deidad tutelar de la república. El congreso, a su juicio, debía mantener su sistema bicameral, pero dando al senado una estructura corporativa para facilitar la integración económica y la coordinación social. Sostenía que en los postulados católicos tendrá que fundarse la sociedad contemporánea, porque "el mundo moderno no tiene sino dos polos de gravitación: Roma y Moscú". La economía tiene que ponerse al servicio del hombre. Los partidos deben acomodarse al flujo de los tiempos para que puedan subsistir con sus mitos y sus querencias. De la tradición sólo es posible recoger las esencias y desechar "las palabras e imágenes muertas que se depositan en el cauce de la historia". Fueron esos sus principios centrales, sus preceptos mayores, reiterados, ampliados y propagados con ardientes vocablos a lo largo de su marcha.

Pero el origen del éxito de Gilberto Alzate, la razón de su consagración histórica, no estribaban solamente en el contenido de sus propuestas, ni en la alta potencia de su alma, sino, en gran medida, en el poder y la fascinación de su lenguaje. Sin incurrir en excesos laudatorios, es preciso reafirmar que él tuvo a su disposición una de las mejores prosas políticas que se han

elaborado en castellano. Provisto de una magna cultura, que provenía de la capa vegetal clásica y culminaba en una prolija información sobre las novedades expuestas en las vitrinas de las librerías, comunicaba elegancia a su estilo y una dimensión inusitada a las palabras. Puede decirse que ningún dirigente de partido, en ninguna época de nuestro acontecer democrático, ha utilizado formas de expresión de la calidad de las que él manejó con desconcertante maestría. Su enfoque de las personas, las situaciones y las cosas se caracterizaba por la originalidad de la imagen lograda, por el diferente ángulo de visión empleado, por la belleza del escorzo y la nitidez de la línea en la obra ejecutada. Si hay algún “alzatismo” perdurable, es el que conformarían quienes recibieron realmente su poderoso influjo mental, comprendieron su idioma profético y adoptaron sus enunciados como un irrenunciable acervo herencial. Se le asignó siempre la categoría de una esperanza colectiva, y por eso su fallecimiento produjo el efecto de una tremenda frustración nacional.

Los aforismos doctrinarios y los ensayos sobre diversos temas que en la presente edición se incluyen, son muestras idóneas de su pensamiento y de su estilo, a través de veinte años de acción y superación. Allí está en sus rasgos rotundos el caudillo, el ideólogo, el letrado. La totalidad de su obra seguramente será recogida con esmero, porque una ley que expidió el Congreso Nacional así lo ordena, y porque las generaciones que ahora conviven en el suelo colombiano aspiran a que su figura y su legado se prorroguen en el tiempo. Mientras tanto, esta recopilación, preparada con diligente fervor, busca aplicar lo que el propio Alzate expresó como un mandato: “La nobleza de un pueblo se mide por su espesor de memoria. En torno al recuerdo de sus claros varones debe arder perennemente una lámpara votiva”.

